

En puridad habría que repensar la afirmación aristotélica de que la epopeya tiene mayor propensión para lo fantástico que la tragedia, porque en aquélla no se ve con los ojos la persona operante, (Poética, Cap. IV, 6). El ejemplo de Aristóteles está muy bien elegido, pues se refiere a Aquiles persiguiendo a Héctor, ante un ejército inmóvil, que huye y atraviesa, sin que nadie las abra, las puertas de Troya. Sin embargo el «cine» no encuentra dificultad en representar todo esto, de modo que no es la reticencia, el que no se vea con los ojos, la capacidad para lo fantástico, sino el que se vea, pues aumenta la fantasía al presentarla como real. No obstante el atribuir una cierta realidad a lo fantástico suprime fantasía en cuanto lo aproxima a la plena autenticidad facticia. Resulta que el cine es «más» y «menos» fantástico. Desde el «más» la fantasía aún es más bella y sorprendente; desde el «menos» el «cine» está matando al ensueño. Apenas si hay nada que soñar. Todo nos entra por los ojos. Después veremos cómo la muerte de la ensoñación es característica del cine.

No puedo suponer una representación teatral hecha ante hombres a los que se hubiera suprimido en absoluto la capacidad de imaginar. Tal representación no tendría sentido como espectáculo porque ninguno de los espectadores podría serlo auténticamente; verían y oírían sin comprender.

Por el contrario puedo suponer una masa de espectadores cinematográficos a los que se hubiese quitado la facultad de imaginar. Inteligentes, con riqueza emocional normal, ven un «film» cuya compacidad de imágenes es completa, se ha evitado de él toda reticencia; tales espectadores no perderían nada del «film» ni el «film» nada de su propio estilo.

Ahora bien, la colaboración que se da en el teatro, para retornar a nuestro ejemplo, cosupone la conciencia en cada uno de los espectadores de esa colaboración. La entrega al espectáculo no sólo no es absoluta sino que deja un margen bastan-

